

Ciencia teológica y santidad de vida Testigos de la fe en la Diócesis de Canarias

Juan Carlos Arencibia Suárez
Profesor del ISTIC - GC

Introducción

Santa Teresa de Lisieux comienza *Historia de un alma*, es decir, sus “pensamientos acerca de las gracias que se ha dignado concederme Nuestro Señor”, acogiéndose a la intercesión de la *Virgen de la sonrisa*. Y es que Sor Teresita amasa su particular *sapientia cordis* con el amor a Jesús y la iluminación del Espíritu Santo. Su inteligencia se encuentra en el corazón mismo de la Iglesia, allí donde ella puede ser el Amor¹.

Antes de tomar la pluma –escribe la santa doctora nada más comenzar–, me arrodillé ante la estatua de María [...]. Le supliqué que guiase mi mano a fin de que no escribiera una sola línea que le desagradara².

A los catorce años –prosigue en el capítulo V–, con mi deseo de ciencia, Dios juzgó necesario agregar a la “harina pura, aceite y miel en abundancia”. Esta miel y ese aceite me los hizo encontrar en las conferencias del Padre Arminjon sobre el fin del mundo presente y los misterios de la vida futura. [...] Esa lectura fue también una de las mayores gracias de mi vida. [...] Todas las grandes verdades de la reli-

¹ Cf. SANTA TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma*, Madrid: San Pablo, 2007, p. 272.

² SANTA TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma*, pp. 75-76.

gión y los misterios de la eternidad sumían mi alma en una dicha que no era de la tierra... Presentía ya lo que Dios reservaba a los que lo aman (no con los ojos de la carne sino con la mirada del corazón) y viendo que las recompensas eternas no guardan ninguna proporción con los ligeros sacrificios de esta vida, quería amar, amar a Jesús con pasión, darle mil muestras de amor mientras que pudiese hacerlo todavía³.

Pues bien, sobre teología y amor, sobre teología y fe, sobre teología y santidad, sobre todo esto me propongo hablar en las páginas siguientes. Es una forma de tomar conciencia de la importancia que tiene la fe para el cristiano que hace y que estudia la teología y de cómo este quehacer puede llevarle por caminos de conversión y de santificación personal y eclesial. Por otro lado, y como la cosa va de santos, en la segunda parte de esta exposición me detendré en presentar la vida de tres testigos de la fe con los que nos hemos encontrado durante el estudio de la Historia de la Iglesia en Canarias, apuntando al reclamo, que ellos mismos nos hacen al estudiarlos de seguir a Cristo, con radicalidad evangélica. De esta forma, pretendemos introducirnos, no sé si lo conseguiremos, en aquella experiencia que han tenido tantos y tantos teólogos a lo largo de la historia, esto es, dejarnos conducir por el Espíritu, a través de la teología a un seguimiento de Cristo cada vez más auténtico.

I PARTE

1. Llamada universal a la santidad

Es necesario partir de que la santidad es la vocación bautismal llevada a plenitud, siendo el bautismo no privilegio de unos pocos fieles sino la base misma de la condición de todo cristiano. Pero cabría preguntarnos, antes de seguir adelante, qué es la santidad. Me ha parecido sencilla y a la vez acertada una definición de Monseñor Juan Antonio Martínez Camino: “Los santos son el evangelio viviente, quienes a lo largo de la historia nos han manifestado –y continúan haciéndonos visible– la multiforme gracia del Señor”⁴.

La llamada a la santidad para todos los cristianos no es fruto de una mera reflexión humana sino que ha sido revelado por Dios como vocación intrínseca

³ SANTA TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma*, p. 171.

⁴ Juan Antonio MARTÍNEZ CAMINO, “Presentación” de: María Encarnación GONZÁLEZ RODRÍGUEZ (ed.), *La vida en el Espíritu. Ser santos por la práctica heroica de las virtudes*, Madrid: EDICE, 2010, p. 9.

del hombre desde la creación, y se ve explícitamente tratado en la Palabra de Dios. Cristo mismo en el Evangelio nos exhorta a ser santos al decirnos, por señalar sólo un versículo: “Sean perfectos como su Padre Celestial es perfecto” (Mt 5, 48).

Es de todos bien conocido que la llamada universal a la santidad es uno de los temas doctrinales más importantes propuestos por el Concilio Vaticano II, del que hemos celebrado el 50 aniversario de su apertura en este Año de la Fe. El concilio dedicó algunos párrafos a desarrollar esta certeza para la Iglesia de todos los tiempos, especialmente en la *Lumen gentium*:

La Iglesia, cuyo misterio expone este sagrado Concilio, creemos que es indefectiblemente santa, ya que Cristo, el Hijo de Dios, a quien con el Padre y el Espíritu llamamos “el solo Santo”, amó a la Iglesia como a su esposa, entregándose a sí mismo por ella para santificarla (cf. Ef 5, 25-26), la unió a sí mismo como su propio cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu Santo para gloria de Dios. Por eso, todos en la Iglesia, ya pertenezcan a la jerarquía, ya pertenezcan a la grey, son llamados a la santidad⁵.

2. El teólogo: hombre de fe

Ciertamente, el estudio de la teología reclama en primer lugar en el sujeto que estudia y elabora esa teología la fe. Como ha afirmado el Papa Francisco: “La teología es imposible sin la fe y forma parte del movimiento mismo de la fe”⁶. Y la “puerta de la fe” (cf. Hch 14, 27) –en palabras ahora de Benedicto XVI– se cruza cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma”⁷.

El teólogo o el estudiante de teología es, por tanto, una persona de fe y la misma teología le empuja a llevar “el estilo de vida de Jesús impulsado por Su Espíritu que en el mundo hace avanzar el proyecto del Reino de Dios”⁸. La teología es oficio de amor: “Sólo quien ama a Dios posee la verdadera ciencia de Dios (1 Cor 8,3).

Los manuales de Introducción a la Teología se aplican en mostrar la importancia de la fe dentro del método teológico. Evidentemente, tendremos

⁵ CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium*, n° 39.

⁶ FRANCISCO, *Lumen Fidei*, n° 36.

⁷ BENEDICTO XVI, *Porta fidei*, n° 1.

⁸ María Clara BENGEMER – Andrés TORRES QUEIRUGA – John SOBRINO, *Editorial*, en “Concilium” 351 (2013), p. 6.

que corregir algo si los estudios debilitan la adhesión a Jesucristo, que es la Sabiduría de Dios; o bien, no nos introducen más profundamente en el seno materno de la Iglesia, habida cuenta de la irrenunciable dimensión eclesial de la teología.

3. Desde los Santos Padres a la época contemporánea

Podemos comenzar por echar una visual a la doctrina de los Santos Padres, para seguir después con algunos teólogos desde la Edad Media hasta nuestros días.

Para los Santos Padres la teología, la reflexión sobre los misterios de la fe, era siempre una exigencia que nacía del Amor, del amor a Dios y del amor a la Iglesia. En ellos queda claro que la teología va de la mano, busca y exige la santidad. Veamos algunos autores.

El apologista San Justino, en el siglo II confiesa la necesidad de adentrarse en el conocimiento de los misterios divinos a través de la oración. En su obra *Diálogo con Trifón*:

Un misterioso personaje, un anciano con el que se encontró en la playa, primero lo confundió, demostrándole la incapacidad del hombre para satisfacer únicamente con sus fuerzas la aspiración a lo divino. Después, le explicó que tenía que acudir a los antiguos profetas para encontrar el camino de Dios y la “verdadera filosofía”. Al despedirse, el anciano lo exhortó a la oración, para que se le abrieran las puertas de la luz.⁹

Pues nadie puede ver ni comprender, si Dios y su Cristo no le conceden comprender”¹⁰.

Por su parte, Clemente de Alejandría en sus *Stromata* señala a Jesucristo como el “maestro” que propone las enseñanzas más profundas, presentando, de esta forma, la auténtica “gnosis” como un desarrollo de la fe, suscitado por Jesucristo en el alma unida a Él¹¹. “Dios es amor y es cognoscible para los que lo aman”¹², afirma el alejandrino.

⁹ BENEDICTO XVI, *Grandes maestros de la Iglesia de los primeros siglos. Catequesis de Benedicto XVI: de San Clemente Romano a San Máximo El Confesor*, Madrid: EDICE, 2009, p. 42.

¹⁰ SAN JUSTINO, *Diálogo con Trifón*, VII, 3.

¹¹ BENEDICTO XVI, *Grandes maestros de la Iglesia de los primeros siglos*, p. 60.

¹² CLEMENTE DE ALEJANDRIA, *Stromata*, V, 13.

También Orígenes de Alejandría, tiene claro que para comprender las Escrituras no sólo hace falta el estudio, sino también la intimidad con Cristo y la oración. Está convencido de que el mejor camino para conocer a Dios es el amor, y de que no se puede conocer de verdad a Cristo sin enamorarse de Él¹³. “No te contentes –dice– con llamar y buscar: para comprender los asuntos de Dios tienes absoluta necesidad de la oración”¹⁴.

Por su parte, San Agustín invita a todo el que busca la verdad, a “creer para comprender” (*crede ut intelligas*). Este trabajo de comprensión de la fe contribuye a alimentar la fe y permite que esta crezca¹⁵.

Dando ahora un salto hasta la Edad Media, San Anselmo nos confiesa su diálogo interior con Dios al que se dirigía con estas palabras:

Dios, te lo ruego, quiero conocerte, quiero amarte y poder gozar de ti. Y si en esta vida no soy capaz de ello plenamente, que al menos cada día progrese hasta que llegue a la plenitud.¹⁶

No pretendo, Señor, penetrar en tu profundidad, porque no puedo ni siquiera de lejos confrontar con ella mi intelecto; pero deseo entender, al menos hasta cierto punto, tu verdad, que mi corazón cree y ama. No busco entender para creer, sino que creo para entender.¹⁷

Por su parte, San Buenaventura, el doctor seráfico, vive el estudio teológico como un camino de acercamiento a Dios, “un camino –en palabras de Charles Carpenter– que hace de la ocupación teológica una forma definida de vida espiritual”¹⁸. En palabras del santo: “La teología es para que nos hagamos buenos y seamos salvos”¹⁹. En efecto, para el teólogo franciscano el fin principal de

¹³ BENEDICTO XVI, *Grandes maestros de la Iglesia de los primeros siglos*, p. 74.

¹⁴ ORÍGENES, *Carta a Gregorio*, 4. Orígenes llega a compartir incluso su misma experiencia como creyente teólogo: “Con frecuencia –Dios es testigo– he sentido que el Esposo se me acercaba al máximo; después se iba de repente, y yo no pude encontrar lo que buscaba. De nuevo siento el deseo de su venida, y a veces él vuelve, y cuando se me ha aparecido, cuando lo tengo entre mis manos, vuelve a huir, y una vez que se ha ido me pongo a buscarlo de nuevo (ORÍGENES, *Homilias sobre el Cantar de los cantares* I, 7).

¹⁵ SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Carta 120*.

¹⁶ SAN ANSELMO, *Proslogion*, 14.

¹⁷ SAN ANSELMO, *Proslogion*, 1.

¹⁸ Charles CARPENTER, *La teología como camino de santidad*, Barcelona: Herder, 2002, p. 28.

¹⁹ SAN BUEAVENTURA, *Breviloquio*, Prólogo, 5; Cf. Id., *Comentario a las sentencias*, I, Proemio q. 3, concl. 3 (I, 13a-b).

la teología es hacernos santos, de forma que la teología está ordenada a nuestra bienaventuranza final en el cielo.

De esta forma entendemos la exhortación de San Buenaventura en su *Itinerario del alma a Dios*: Antes que nada hay que orar, después vivir santamente, y finalmente aplicarse a la consideración de la verdad, y en esta consideración ascender gradualmente hasta llegar al monte excelso, *para ver a Dios en Sión* (Sal 83, 8)²⁰.

El mismo Santo Tomás, el doctor angélico, afirma con fuerte convicción que la especulación teológica es fruto del fervor de la fe:

Cuando el hombre tiene la voluntad pronta para creer, ama la verdad creída, y sobre ella reflexiona con seriedad y la abraza con toda clase de razones que puede encontrar. Desde esta perspectiva, la razón humana no excluye el mérito de la fe, sino que es signo de un mayor mérito²¹.

No pudiendo pasar más que de puntillas por un tema tan interesante, vamos ahora a detenernos un instante en el pensamiento de San Juan de Ávila, declarado hace apenas un año doctor de la Iglesia. El maestro Ávila considera la necesidad de una fuerte vida espiritual para el que estudia y se dedica a la teología:

Los estudiantes que estudian teología [...] Sería bien que se les impusiesen algunos ayunos, oración, frecuencia de confesión y comunión y templanza en los vestidos, y constituciones semejantes a éstas, pues que la santidad de la ciencia que estudian pide más puridad del corazón que otras, y para que tengan alguna virtud y experiencia de la santidad que han de enseñar después a los pueblos²².

Dando quizás un salto demasiado grande, nos trasladamos al siglo XX y nos fijamos ahora en teólogo suizo Von Balthasar que afirmaba que:

La teología, considerada desde el punto de vista del evangelio, no puede ser otra cosa que una forma de testificación del cristiano enviado acerca del Señor que le envía, Cristo [...] Pero para tal tarea testimonial se precisa [...], de una santificación orientada hacia la misión de la proclamación de la verdad²³.

²⁰ Cf. SAN BUENAVENTURA, *Itinerario del alma a Dios*, I, 8.

²¹ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, 2, 10.

²² SAN JUAN DE ÁVILA, *Memorial segundo al Concilio de Trento (1561)*. Causas y remedios de las herejías, 66.

²³ Hans Urs VON BALTHASAR, *Teología y Santidad*, en "Communio" 9 (1987), p. 486.

En la reflexión teológica actual Bruno Forte, entre otros, presenta la teología como un proceso de conversión:

La teología no es un ejercicio abstracto meramente especulativo de la razón. La teología es dejarse transformar por la Palabra y el silencio del Otro; escuchar esta Palabra y este silencio, y tratar de entender el significado de esa Trascendencia que es al mismo tiempo lejana y cercana²⁴.

Echando, por cierto, un vistazo a la teología cristiana oriental vemos que en ella esta realidad aparece clarísimamente delineada y asumida. En Oriente, se ha mantenido muy clara la unión entre teología y espiritualidad, entre teología y vida, entre teología y mística. De esta forma, la teología es doxología (alabanza), contemplación, liturgia, mística, adoración, eucaristía, experiencia espiritual²⁵.

4. Aportación de la *Pastores dabo vobis*

Llegados a este punto, me parece interesante retomar una de las definiciones de teólogo que aparecen en la exhortación apostólica de Juan Pablo II *Pastores dabo vobis* de 1992 sobre la formación de los sacerdotes, y que, con toda seguridad, pueden aplicarse a cualquier cristiano que estudie teología. Dice así:

El teólogo es ante todo un creyente, un hombre de fe. Pero un creyente que se pregunta sobre su fe (*fides quarens intellectum*), que se pregunta para llegar a una comprensión más profunda de la fe misma. Además, ya que la fe, punto de partida y de llegada de la teología, opera una relación personal del creyente con Jesucristo en la Iglesia, la teología tiene también connotaciones cristológicas y eclesiales intrínsecas [...] Por ser la fe la aceptación de la Palabra de Dios, lleva un sí radical del creyente a Jesucristo, Palabra plena y definitiva de Dios al mundo (cf. Heb 1, 1ss). Por consiguiente, la reflexión teológica tiene su centro en la adhesión a Jesucristo, Sabiduría de Dios²⁶.

Pastores dabo Vobis se hace eco de aquel enfoque teológico tan notorio en San Buenaventura, afirmando con el doctor seráfico:

Que nadie piense que le basta la lección sin la unción, la especulación sin la devoción, la investigación sin la admiración, la circunspección sin la exultación, la industria sin la piedad, la ciencia sin la caridad, la inteligencia sin la humildad, el estudio sin la gracia, el espejo sin la sabiduría divinamente inspirada²⁷.

²⁴ En: Samuel GUTIÉRREZ, *Entrevista a Mons. Bruno Forte*, "Catalunya Cristiana", 27 de marzo de 2008, p. 20.

²⁵ Víctor CODINA, *Los caminos del Oriente cristiano*, Santander: Sal Terrae, 1997, p. 31.

²⁶ JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 53; Cf. CONCILIO VATICANO II, *Optatum Totius*, n° 16.

²⁷ SAN BUENAVENTURA, *Itinerario del alma a Dios*, Prólogo, 4.

5. La historia de la Iglesia como disciplina teológica

Queda claro, por tanto, que la vocación del teólogo debe ser entendida dentro de la general vocación de todos los bautizados, que no es otra que la propia santificación y la de todo el cuerpo eclesial.

Ahora bien, como dice José Miguel Otero, en el conjunto de la teología:

La Historia de la Iglesia se mueve en un plano epistemológico que no es sencillo de determinar. A la vez que asume la metodología propia de la ciencia histórica, es una disciplina que se desarrolla en el seno de la fe cristiana. La fe es el motivo de su interés por la institución eclesial, la fe guía e ilumina además su quehacer, porque la Historia de la Iglesia es también una ciencia teológica. Su cometido es exponer “el origen y desarrollo de la Iglesia como Pueblo de Dios” (cf. *Optatam Totius* 16), que se expande en el tiempo y en el espacio, ponderando científicamente las fuentes históricas²⁸.

En efecto, como afirma Jesús Espeja Pardo: “La realidad histórica tiene ya en sí misma *una densidad teologal*, y nuestra equivocación radica muchas veces en separar a Dios de nuestra historia, poniendo un muro sordo entre el “aquí” y “el más allá”²⁹.

Desde ahí podemos entender la gran importancia que tiene dentro de todo el amplio campo la investigación histórica, el descubrimiento o el encuentro con los santos, con aquellas personas, hombres y mujeres, que a lo largo del tiempo han sobresalido por su parecido a Cristo. Ellos han sido siempre, en la tradición eclesial, un reclamo espiritual para un seguimiento más auténtico del Señor Jesús, para vivir la plenitud de la ley del amor a Dios y al prójimo.

En muchos casos, el historiador se encuentra con personajes que llevan –por así decirlo– el sello de autenticidad puesto por la misma Iglesia; nos referimos a los ya beatificados o canonizados. En otros casos el mismo historiador observa con detenimiento personajes cuya causa está abierta. Y en otros casos, finalmente, es el propio historiador quien tropieza con personas en las que descubre un testimonio de particular imitación de Cristo. De esta forma, dondequiera que uno se tope con la santidad de un hombre o una mujer, ésta nos lleva necesariamente hacia Dios, recibiendo el carácter de signo sacramental que invita a la conversión y al deseo de la santidad. El historiador, por tanto, tiene

²⁸ José Miguel ODERO, *Historia de la iglesia y fe cristiana. Reflexiones metodológicas desde la teología fundamental*, en “Scripta Theologica” 27 (1995/3) p. 937.

²⁹ Jesús ESPEJA PARDO, *Para comprender mejor la fe. Una introducción a la teología*, Salamanca/Madrid: San Esteban – EDIBESA, 1997, p. 28.

la responsabilidad de señalar e identificar a aquellas personas con las que se topa durante el camino de su investigación y en las que encuentra indicios de santidad. Y esa misma responsabilidad le lleva a detenerse él mismo en ellos para alimentar su fe. Este fue ya el modo de concebir la historia de Eusebio de Cesarea en su *Historia eclesiástica*, allá por el siglo IV.

Es obvio que el historiador de la Iglesia no puede por sí mismo beatificar o canonizar a nadie. Hay otras instancias en la Iglesia que tienen esta competencia y misión, en un estudio más amplio que el meramente histórico. Pero el historiador sí puede, a partir del estudio crítico de las fuentes, ofrecer señales e indicios ciertos de una vida que huele a Evangelio y que manifiesta señales del Reino. Evidentemente, no sólo la historia de la Iglesia está llamada a ocuparse de estos hombres y mujeres a los que llamamos santos. La reflexión sobre ellos se encuadra también dentro de la escatología; la eclesiología; la soteriología e incluso en la mariología.

II PARTE

1. Testigos de la fe en la Diócesis de Canarias

En nuestra Diócesis los grandes “testigos de la fe”, los santos, los beatos y cuantos están en proceso de beatificación, pueden ser agrupados de la siguiente manera: Un primer grupo estaría formado por los santos patronos de la Diócesis y de cada una de las islas. Comenzaríamos señalando a la Santísima Virgen María, que en su advocación de Ntra. Sra. del Pino, celebrada en la fiesta de su natividad, es la Patrona de la Diócesis de Canarias, patronazgo que cumplirá su primer centenario en 2014. Seguiríamos después con San Antonio María Claret, compatrono de la Diócesis, y, a continuación, con los patronos de cada isla: San Marcial de Lanzarote, San Buenaventura de Fuerteventura y San Pedro Mártir de Gran Canaria. La Graciosa, por su parte, tiene por patrona insular a la Virgen María en su advocación del Carmen.

Por otro lado, está el grupo de los ya canonizados: San Diego de Alcalá y el Santo Hermano Pedro de San José de Betancur.

Después vendrían los ya beatificados: Ignacio Acevedo y compañeros mártires de Tazacorte (1570), el beato José de Anchieta, jesuita misionero en Brasil durante el siglo XVI, y creo que también podemos añadir aquí a Sor

Lorenza Díaz Bolaños, mártir durante la Guerra Civil Española, que será beatificada el día 13 de este mismo mes.

Finalmente, nos encontramos con el grupo de los siervos de Dios que tienen abierto el proceso de beatificación. Dentro de este grupo están los religiosos: Sor María de Jesús, la siervita, dominica fallecida en 1731, Sor Catalina de San Mateo, monja clarisa del siglo XVII; el limosnero Fray Andresito nacido en Fuerteventura y fallecido en Chile en 1853; José Marcos Figueroa, hermano jesuita nacido en Lanzarote y fallecido en Argentina en 1942; Tomás Morales, dominico y José María Suárez Pérez, claretiano, martirizados durante los comienzos de la Guerra Civil; el sacerdote grancanario y mártir de la caridad Antonio Vicente González fallecido en 1851; los obispos Buenaventura Codina, fallecido en 1857; José Cueto, fallecido en 1908; Miguel Serra Sucarrats, asesinado durante la Guerra civil; y Jacinto Vera y Durán, este último nacido en Lanzarote y primer obispo de Montevideo, en Uruguay, fallecido en 1881.

Evidentemente el tiempo del que disponemos aquí es escaso y, por tanto, nos fijaremos sólo en tres de ellos y así concluiremos nuestra intervención.

2. San Diego de Alcalá

Nuestra Diócesis Canariense y Rubicense fue fundada por Benedicto XIII, tenido hoy por antipapa, en el año 1404, con el nombre de Diócesis de Rubicón (más tarde, en 1435, el Papa Eugenio IV mandaría trasladar la sede de Lanzarote a Gran Canaria, estableciendo que se llamase para siempre *Canariensis et Rubicensis*).

A esta joven comunidad diocesana fue enviado en 1441 San Diego de Alcalá que había nacido en San Nicolás del Puerto (Sevilla) en 1400.

Desde muy joven se consagró al Señor como ermitaño. Posteriormente ingresó en la orden franciscana como hermano lego, destacando como uno de los promotores del movimiento de observancia que se abrió paso en España en aquellos años.

En 1441 fue destinado a Fuerteventura, al convento de San Buenaventura en Betancuria, regresando a la península en 1449. En la isla majorera se destacó por su actividad apostólica y caritativa y por su vida llena de oración³⁰. Allí coincidió con el Padre Fray Juan de Santorcaz, insigne predicador y teólogo. A

³⁰ Francisco PEÑA, *De vita, miraculis et actis canonizationis sancti Didaci libri tres*, Roma, 1689, p. 24.

estos dos frailes los relaciona la tradición con la aparición de la Virgen de la Peña, Patrona de Fuerteventura. San Diego murió en Alcalá de Henares el 12 de noviembre 1463. Su canonización tuvo lugar en 1588. Se trataba del primer franciscano español en subir a los altares. Santa Teresa de Ávila dice de él que “no hacía más que servir”.

San Diego manifiesta una gran disponibilidad para viajar hasta un lugar del que poco se conocía aún. Una tierra, sin duda, donde comenzaba a construirse una sociedad nueva, donde las condiciones de vida serían bastante menos benévolas que en la Península. En los primeros años de la Evangelización en Canarias encontramos el testimonio de un hombre marcado por el ideal de San Francisco, un hombre todo él hecho oración y servicio. Se trata de un fraile que mueve su vida en un ascetismo riguroso y una mística palpable. Un testigo tal vez poco imitable para aquellos primeros cristianos que poblaron las islas, sobre todo Fuerteventura, pero muy convincente y que se pudo convertir en faro que mostraba a Cristo. Su vida pareció tan santa que se le vinculó fuertemente con la advocación de Ntra. Sra. de la Peña y aunque el episodio del encuentro de la imagen de la Virgen y otros que se cuenten del santo puedan pertenecer más a la leyenda que a la historia, no cabe duda de que nos hablan de un hombre extraordinario que reflejó a todos el rostro de Cristo y que mostró la calidad de una persona que se une fuertemente a Cristo.

3. Sor Lorenza Díaz Bolaños

Pasemos a Sor Lorenza Díaz Bolaños³¹, nacida el 10 de agosto de 1896. Su familia era muy pobre, de tal modo que vivían en casas cuevas del barrio de San Juan, en los altos de Santa María de Guía, a varios kilómetros de la Iglesia Parroquial. Siendo la situación económica tan precaria, su padre Juan Dolores y su hermano Manuel emigraron a Cuba. Lorenza, que entonces tenía doce años, asumió las tareas de la casa para ayudar a su madre que se puso a trabajar en el campo. Daba clases de primaria al resto de sus hermanos y a los niños del entorno, y les enseñaba el catecismo y las principales oraciones del cristiano.

Lorenza, cada vez que bajaba a la ciudad de Santa María de Guía no dejaba de visitar el Hospital de San Roque, regentado por las Hijas de la Caridad. Allí consolaba a los enfermos y convivía con las religiosas.

³¹ Cf. María Ángeles INFANTE, *Positio super martyrio*, Roma: Imprenta Güerra, 2000; Matilde DE INÉS, *Amor que vence la muerte*, Salamanca: CEME 2004.

En todo este contexto religioso surgió su vocación. Allí decidió darse totalmente a Dios para servir a los pobres. Comenzó el postulantado en el Hospital de San Martín, a principios del año 1921 y en abril se trasladó a Madrid para hacer el seminario de formación. A los seis meses fue destinada al Instituto de Reeducción Profesional de Inválidos del Trabajo, ubicado en Carabanchel Bajo. A Sor Lorenza se le asignó el servicio del quirófano y la atención a los enfermos intervenidos quirúrgicamente, oficio que desempeñaba con gran serenidad y acierto.

Emitió por primera vez sus votos el día 1 de mayo de 1926. La conducta de Sor Lorenza, en palabras de la Visitadora Provincial Sor María Sanz, era:

La de una verdadera Hija de la Caridad. Amaba a Dios; ese amor lo reflejaba en su conducta con los pobres a quienes servía con amor y solitud maternal. Era incansable en el trabajo. Con las hermanas muy deferente, alegre y recogida al mismo tiempo³².

En los años previos a la guerra civil de 1936 algunos celadores y enfermos hostigaron abiertamente a las hermanas; este es el caso de Sor Lorenza. Una hermana de comunidad cuenta que un celador simulando estar enfermo se desnudó ante ella para provocarla. Sor Lorenza le pidió que se cubriese y le guardase respeto. Su serenidad y firmeza irritó al joven que le dijo: “Pronto me las pagarás”. También su hermana Sor Blasina, encargada de la despensa, sufrió afrentas y ofensas. Sor Lorenza la invitaba a la paciencia, al perdón y a sufrir todo por amor a Dios.

Las Hijas de la Caridad fueron expulsadas del Instituto de Reeducción de Inválidos el 23 de julio de 1936. Después de buscar refugio en varios lugares, se establecieron en un lugar próximo a la Casa Central. Celebraban la fe clandestinamente y ayudaban con prudencia en cuanto podían a los hospedados y refugiados. Sor Blasina que pudo luego huir a Valencia y regresar a Gran Canaria, refirió en el proceso el prendimiento de su hermana y de Sor Josefa Gironés:

Los milicianos se presentaron en casa [el 16 de noviembre] a hacer un registro entre los que venía uno que había sido enfermero en la Casa de Inválidos, que por su mala conducta fue reprendido varias veces por mi hermana Lorenza. Al día siguiente [...] volvieron los milicianos entre los que no venía el citado enfermero [...]. Se llevaron a Sor Lorenza y luego a Sor Josefa Gironés. Las sacaron engañadas diciéndoles que necesitaban enfermeras³³.

³² María Ángeles INFANTE, *Positio super martyrio*, cap. VI.

³³ María Ángeles INFANTE, *Positio super martyrio*, cap. VI.

Pero seguidamente fueron llevadas a una checa, atormentadas vilmente por confesar su fe y ser fieles a su vocación, y finalmente martirizadas en el parque de las Vistillas de Madrid el 17 de noviembre de 1936. A Sor Lorenza la mataron con un tiro en la frente y otro en la mejilla.

En un momento en que España se encuentra fuerte, dramática y violentamente dividida, Sor Lorenza ejemplifica la vida de personas que quisieron ofrecer su vida más allá de toda adscripción política o ideológica. Su muerte violenta se debe a su condición de consagrada. La suya fue una vida centrada en la atención a los enfermos, fueran quienes fuesen y pensarán como pensasen. Ella fue capaz de perdonar a quien con su actuación se convierte él mismo en reo, fue capaz de bendecir a quien se declaraba del bando del odio y de la muerte. Su vida fue el servicio a Dios y al hombre. Derramó su sangre por Cristo y como la de Cristo, pero con ello manifestó la dignidad del ser humano que compromete su vida con y por la Verdad.

El siervo de Dios Antonio Vicente González

Para concluir, nos acercamos a la vida del sacerdote Antonio Vicente González, nacido en Agüimes, Gran Canaria, el 5 de abril de 1817. Cursó estudios eclesiásticos en el Seminario Diocesano de Canarias y fue ordenado sacerdote el 19 de enero de 1845. Desempeñó los ministerios de fiscal general de la Diócesis, secretario del Seminario, vicerrector y profesor sustituto de Lugares Teológicos del mismo, siendo además el primer párroco de Santo Domingo de Guzmán en el barrio de Vegueta. Aquí ejerció su oficio pastoral con gran celo. Se reconocía en él que era infatigable en la predicación, el confesionario y en la atención a los más pobres y necesitados. El obispo Buenaventura Codina y el propio San Antonio María Claret sintieron gran aprecio por este sacerdote que se había sumado a las ansias reformadoras de los últimos obispos diocesanos. De hecho, el “Padrito” Claret contó con la colaboración de Antonio Vicente en su misión en Gran Canaria.

Dos hechos marcaron su experiencia vital en sus últimos años y le ganaron fama de hombre santo. Primero durante la hambruna de 1847 en la que organizó un centro de caridad frente a su iglesia parroquial, invirtiendo sus propios ingresos para paliar el hambre en la ciudad y en otros pueblos de la isla. En segundo lugar, durante la epidemia de cólera en 1851, que afectó a toda la isla de Gran Canaria y en la que murieron más de 6.000 personas, manteniéndose al frente de la parroquia y dedicándose a ayudar a enfermos y moribundos. Duran-

te este tiempo solía decir: “El día que no venga a celebrar a las siete de la mañana es porque ya he sido víctima de la epidemia”. Contagiado de la enfermedad murió el 22 de junio de 1851, a los 34 años de edad. Tiene abierto su proceso de beatificación, habiendo pasado ya la fase diocesana.

La vida y el ministerio sacerdotal de Antonio Vicente se encuadran y dan respuesta a un momento histórico que presentaba numerosos desafíos en nuestra región y en nuestro país. En lo que respecta a la vida político-social, los vaivenes entre el absolutismo y el liberalismo, entre la revolución y la restauración, y, en medio, nuestro pleito insular.

En cuanto a la vida eclesial, el ministerio de este sacerdote se encuadra justo después del nacimiento de la Diócesis de San Cristóbal de La Laguna (1819) y en la encrucijada de un cambio de rumbo en la vida de nuestra Diócesis que tuvo como grandes adalides a los obispos Judas José Romo y Gamboa (1834-1847) y Buenaventura Codina y Augerolas (1847-1857), marcada por la reforma del clero y de la renovación piedad popular.

Antonio Vicente González fue seminarista en un Seminario que había pasado algunos años antes una etapa de decaimiento, debido a varios factores [que podemos resumir en: una vacante episcopal de casi ocho años; la influencia del espíritu ilustrado, esto es, el racionalismo y el cientificismo, del filojansenismo y del liberalismo en sus aulas; una cierta indisciplina y relajación de las costumbres; y serias dificultades económicas, según se comprueba en el Archivo del propio Seminario. Tenemos informaciones que refieren que durante estos años algunos seminaristas no comulgaban ni los días en que recibían órdenes menores³⁴. Por este tiempo el número de seminaristas bajó de la decena].

Siendo aún seminarista, Antonio Vicente González se unió al joven rector Pedro de la Fuente que el obispo Romo había traído desde la Península con el fin de reformar el Seminario y conducirlo por caminos de ortodoxia y fidelidad a la Sede Apostólica, distanciándose de todo lo que oliera a jansenismo. El seminarista González fue designado profesor sustituto de Lugares Teológicos.

También sobresale en el siervo de Dios su afán pastoral. Conectaba con la religiosidad y la concepción del sacerdocio del Padre Claret. El cuidado y la devoción que sentía por Eucaristía y el confesionario eran manifiestos así como

³⁴ Juan ARTILES SÁNCHEZ, *Y no encontraron su tumba. Biografía de Antonio Vicente González Suárez*, Las Palmas de G. C.: Instituto Piadoso Jesús Sacramentado, 1998, p. 301.

su amor a la Santísima Virgen del Rosario. También sobresale su disposición para la predicación. Su sensibilidad por los necesitados y por los que sufren se hizo palpable durante el año del hambre primero y durante el tiempo del cólera morbo después, haciendo de enfermero y sacerdote, atendiendo a cada persona con delicadeza y profundo cariño, dando lo que tenía y dándose a sí mismo. Finalmente, su vida le importó menos que el amor y el servicio a Cristo y a los enfermos, de tal suerte que él mismo era consciente de que el contagio llegaría tarde o temprano. De esta forma, Antonio Vicente quiso estar, si pudiéramos utilizar la expresión actual del Papa Francisco “oliendo a oveja”, delante del rebaño, en medio del rebaño, detrás del rebaño. En efecto, murió dando la vida por sus hermanos.

De esta forma, concluimos este breve recorrido. Nuestra pretensión, en medio de este Año de la Fe, ha sido profundizar con toda la comunidad educativa del ISTIC y los amigos que hoy comparten con nosotros, sobre nuestro ser de creyentes y la llamada que Cristo nos hace a seguirle con radicalidad evangélica. Que esta sea nuestra alegría.